

LAS AFLICCIONES DEL ARTISTA

Por RICARDO RIVERA AYBAR*

Trátase de un pintor desorejado y suicida como Vicente Van Gogh o de escritores de la estatura de un Cervantes o de un Dostoievski, que conocieron las penalidades de la cárcel y de una vida cargada de deudas, privaciones y padecimientos de toda laya, el paso de los artistas por el mundo parece marcado de principio a fin por una dolorosa adversidad.

Casi podría decirse que jamás hombres algunos han experimentado los abatimientos de espíritu que tienen que padecer muchos artistas, generalmente los más notables. El caso de Van Gogh se repite con bastante frecuencia. Resonantes han sido los suicidios de Alfonsina Storni, Ernest Hemingway, Stefan

Sweig, Horacio Quiroga y muchos otros. El propio Leon Tolstoy, quien una vez se sintiera sumergido en un abismo de desesperación, confesó que en esos instantes pensó que ya no le quedaba nada de que asirse y que espiritualmente su vida estaba aniquilada, una fuerza invencible lo impelía a privarse de su existencia y que sólo la fe en Dios lo libró de esa tentación.

Son muchos los buenos artistas que tienen que pasar por el estremecimiento de un gran dolor. Esto tiene su anverso porque resulta que cuando la vida discurre plácida y todo se hace muy fácil, no se está en condiciones de producir lo mejor que hay dentro de cada quien. Se infiere que sólo aquellos artistas que han sufrido mucho en la vida son los únicos capaces de producir grandes obras, las que nunca podrán realizarse por el camino apacible de la bienandanza. Es evidente que se necesita luchar y sufrir, a lo cual es ajeno todo aquel cuya vida ha sido un lecho de rosas, un recibirlo todo a pedir de boca y sin muchos sacrificios. Este género de vida podrá convenirles y acomodarles a quienes no

tienen otro aliciente ni otra ambición que no sea el mero disfrute de bienes materiales y placeres mundanos, pero nunca a los que aspiran a producir obras de arte meritorias, porque las grandes realizaciones se fraguan en las brasas del sufrimiento. Es poco conocido pero aleccionador el caso de aquella joven dotada de una bellísima voz y que fue llevada por sus padres ante un célebre profesor para que éste le diera la educación necesaria. Pero aconteció que al cabo de unos meses el profesor la envió de nuevo a su casa. Los padres volvieron a donde él para saber qué sucedía con su hija, si era que la muchacha carecía de las dotes necesarias para convertirse en una gran cantante. El profesor les respondió que era lo contrario, que ella poseía una lindísima voz, una presencia muy atractiva y que todavía podía señalar otras cualidades más. Los padres preguntaron entonces qué era lo que le faltaba a la hija, a lo que el profesor contestó: “Tan sólo le falta haber sufrido un poco. Ha sido una joven mimada. El día que pase por la experiencia de un gran sufrimiento, su voz adquirirá una calidad única, un matiz

incomparable y las multitudes correrán para escucharla”.

Si entre los artistas y escritores hay mediocridades, ello se debe en gran medida a que no saben lo que es sufrir. Es como si el sufrimiento le diera a la vida una reciedumbre, una hondura particular, una nueva y ejemplarizadora dimensión.

Hay ciertas actividades en las que la mediocridad es rotundamente insoportable: la literatura, la música, la pintura, escultura...en fin, todo el arte. Se puede ser mediocre hasta en la medicina, en la ingeniería, en la abogacía (hay abogados que ni siquiera se saben expresar correctamente) y en prácticamente todas las profesiones. Ello no les impide, sin embargo, a los profesionales de esas carreras alcanzar una relativa superación como para lograr ganancias monetarias considerables en el ejercicio de tales menesteres. No lograron terminar con honores, pero se graduaron, ejercen con innegable éxito...¡y ganan papeletas! En el arte, la mayoría de las

veces no hay graduaciones ni se cuenta con esa gracia ni esas ganancias.

En ninguna otra labor humana se pone más de manifiesto la excelencia o mediocridad que en la expresión del arte en cualquiera de sus múltiples facetas. Y es que, como decía Alejandro Dumas, el arte necesita de la soledad, de la miseria y la pasión. Es una flor de roca que pide vientos fuertes y terrenos duros.

***Libro del autor en e-libro.net:**

El reino de Mandinga (novela social)